



tuvo por yernos á D. Alonso y D. Ramiro, reyes de Leon, que vivieron y reinaron poco adelante; ántes entiendo que era ya de buena edad cuando murió su padre, y que tomó luégo la corona; dado que de los archivos y papeles del monasterio de San Salvador de Leyre aquellos monjes sacan que Fortun, hermano mayor deste rey D. Sancho, tuvo primero que él aquel reino por algun poco de tiempo. Si es verdad ó mentira, no lo sabria decir; pero afirman que dejado el reino, creó por estar cansado de las cosas del mundo, tomó el hábito de monje en aquel monasterio. La verdad es que este don Sancho tuvo en su mujer Teuda á Garci Sanchez el mayorazgo, y despues dél á Ramiro y á Gonzalo y á Fernando; demas desto cinco hijas, que fueron sus nombres Urraca, Teresa, María, Sancha y Blanca. Esta postrera dicen algunos que casó con D. Nuño, señor de Vizcaya; otros lo contradicen, movidos de que por aquel tiempo no se halla que ninguno de aquel nombre haya tenido aquel señorío y estado.

Fué este príncipe dichoso, no sólo por los muchos hijos que tuvo, sino esclarecido por las armas, porque con su valor y esfuerzo, todo lo que por la revuelta de los tiempos se perdió en Sobrarve y Ribagorza, se recobró de los moros; y no sólo hizo esto, mas ensanchó mucho los antiguos términos de aquel señorío hasta ganar y sujetar á su corona la Vizcaya ó Cantabria y todo lo que se extiende por las riberas

del rio Duero hasta su nacimiento y los montes Doca, y hácia Mediodía hasta Tudela y Huesca. Demas desto, da muestra que llegó con el discurso de sus victorias á Zaragoza, un castillo que está situado cerca de aquella ciudad, con nombre de Sancho Abarca; y aún no contento con los términos de España, pasado los Pirineos, en Francia sujetó aquella parte de los Vascones y Navarra, que largo tiempo poseyeron aquellos reyes, y hoy es la tierra de Vascos. Estaba el rey embarazado en esta guerra de la otra parte de los montes; los moros, por pensar que por los frios del invierno no podrian venir al socorro, se pusieron sobre Pamplona. D. Sancho, avisado del peligro, hizo pasar los montes á los soldados con abarcas por causa del frio; y esta fué la verdadera causa de haberle llamado Abarca, á la manera que sucedió en los nombres de Calígula y Caracalla, emperadores romanos por semejante ocasion. Fué cosa fácil al que venció la naturaleza y el tiempo, vencer tambien en batalla á los enemigos y forzarlos á que alzasen el cerco, como lo hizo. En todas estas guerras se alaba, sobre todos, la valentía de un capitan llamado Centullo, hombre sagaz, animoso y denodado. Habia con esto el rey D. Sancho ganado gran gloria, si no afeára en gran parte su nombre con volver las armas contra Castilla, cosa que demas de la nota, á él acarreó mal y daño, como se verá poco adelante.

### CAPÍTULO XXI

#### De D. Alonso IV y D. Ramiro II, reyes de Leon.

D. Alonso IV deste nombre, llamado el Monje, el reino que D. Fruela á tuerto le quitara, despues de su muerte le recobró, año de 924. D. Lucas de Tuy dice que D. Alonso fué hijo del mismo rey D. Fruela, contra lo que sienten otras personas de mayor diligencia y autoridad, que dicen fué hijo del rey D. Ordoño el II. En tiempo deste rey partió desta vida Juan, prelado de Toledo, año del Señor de 926, sucesor que fué de Wistremiro y de Bonito, y él por sí ilustre ejemplo de la santidad antigua. En su lugar no sucedió algun otro por vedar, como se entiende, los bárbaros que alguno en aquellas revueltas fuese elegido y puesto en lugar que pudiese gobernar y ayudar las cosas de los cristianos. Sólo los demas sacerdotes, con deseo de tener paz entre sí por una manera de concordia, daban el primer lugar al cura de Santa Justa, y obedecian á sus mandatos; estado en que se conservaron hasta tanto que Toledo volvió á poder de cristianos.

En el mismo tiempo volaba por el mundo la fama de Fernan Gonzalez, conde de Castilla. El nombre y título de conde (porque su padre solamente tuvo nombre de juez) no se sabe si lo tomó con consentimiento de los reyes de Leon, ó lo que parece más verosimil, por vo-

luntad de sus vasallos, que le quisieron honrar por esta manera, maravillados de las excelentes virtudes de tan gran varon. Señalóse en la justicia y mansedumbre, celo de la religion, y en el gran ejercicio que tuvo y larga experiencia en las cosas de la guerra; virtudes con que, no sólo defendió los antiguos términos de su señorío, sino demas desto hizo que los del reino de Leon se estrechasen y retrajesen de la otra parte del rio de Pisuerga. Ganó de los moros ciudades y pueblos; castigó la insolencia de los navarros con la muerte de su rey D. Sancho Abarca. Tenian los navarros costumbre de hacer mal y daño en las tierras de Castilla; no contentos con esto, maltrataron de palabra, con amenazas y denuestos, á los embajadores que les envió á pedir enmienda de lo hecho. Pasaron en esto tan adelante y las demasias fueron tales, que se tuvo por abierta la guerra.

El conde, que no sufría insolencias ni demasias, hizo con sus gentes entrada y rompió por las tierras del navarro; las talas y presas eran grandes. Acudió el enemigo á la defensa; juntáronse las fuerzas y gentes de ambas partes cerca de un lugar llamado Gollanda. Dióse la batalla de poder á poder, en que perecieron muchos de los unos y de los otros sin decla-



rarse la victoria por gran espacio. Finalmente, en lo más recio de la pelea, los generales se desafiaron y combatieron entresí. Encontráronse con las lanzas; los golpes fueron tan grandes, que ambos cayeron en tierra; el rey con una mortal herida, el conde, aunque gravemente herido, pero sin peligro de la vida. Animáronse con esto los soldados de Castilla, y con tal denuedo cargaron sobre los enemigos, que en breve quedó por ellos el campo. Sobrevino á la sazón el conde de Tolosa con sus gentes en socorro de los navarros.

Recogió á los que huían, y vueltos á las puñadas, tornóse á encender la batalla. Sucedió lo mismo que ántes, que los condes se encontraron entre sí de persona á persona: cayó de un bote de lanza en aquel combate muerto el de Tolosa, con que los navarros quedaron de todo punto vencidos y puestos en huida. Los cuerpos del rey y del conde, con licencia del vencedor, fueron llevados á sus tierras y honradamente sepultados. Sobre la sepultura de D. Sancho Abarca hay pleito entre los monjes de San Juan de la Peña y los de San Salvador de Leire, que cada cual de las dos partes pretende le sepultaron en su monasterio: el cual no hay para qué determinar en este lugar. Sólo entiendo que D. Sancho Abarca murió al principio del reinado del rey D. Alonso el Magno, año de nuestra salvación de novecientos veintiseis, después que reinó por espacio de veinte años enteros. Sucedió en el reino D. Garcí Sanchez, su hijo, de quien hallo que se llamaba rey de Pamplona y de Nájara. Reinó cuarenta años: su mujer se llamó doña Teresa. Esto en Navarra.

El rey D. Alonso de Leon fué en sus costumbres más semejante á D. Fruela que á su padre. Ninguna virtud se cuenta dél, ninguna empresa, ninguna provincia sujeta por guerra y allegada á su señorío. El odio de los suyos por esta misma causa se encendió contra él de tal suerte, que cansado con el peso del gobierno se determinó de renunciar el reino á su hermano D. Ramiro. Llamóle con este intento á Zamora el año del Señor de novecientos treinta y uno, y de su reinado seis y medio. Dióle el cetro de su mano, resuelto de descargarse de

cuidados, y de mudar la vida de príncipe con la de particular y de monje. En el monasterio de Sahagun, puesto á la ribera del rio Cea, tomó el habito sin cuidar ni de lo que las gentes podían pensar de aquel hecho, ni de su hijo D. Ordoño habido en doña Urraca Ximenez, hija de D. Sancho Abarca, rey de Navarra, que quedaba en su tierna edad desamparado de ayuda y á propósito para que le hiciesen cualquier agravio. El principio bueno fué: el tiempo, que aclara los intentos, dió á entender que más se movió por liviandad que por otro buen respeto. Doña Teresa, hermana de la reina doña Urraca, casó con el nuevo rey D. Ramiro; della nacieron D. Bermudo, D. Ordoño, D. Sancho y doña Elvira.

D. Ramiro, encargado que se hobo del reino, luego tornó á renovar la guerra de los moros. Entendia como varon prudente que con ninguna cosa más podia ganar las voluntades de los suyos, ni hacer mayor servicio á Dios, que en perseguir á los enemigos del nombre cristiano; pero la inconstancia de D. Alonso puso impedimento á tan santos intentos, porque con la misma ligereza con que la habia tomado, dejó aquella manera de vida y se comenzó á llamar rey. Para atajar los males que podían resultar destos principios, D. Ramiro á la hora revolvió contra Leon do su hermano estaba. Allí le cercó, y vencido de la hambre y de la falta de todas las cosas, le forzó á rendirse. En aquella ciudad fué puesto en prision sin por entónces hacer en él mayor castigo, á causa que los hijos del rey D. Fruela Segundo deste nombre andaban alterados en las Asturias, y forzaban á D. Ramiro á ir allá. La ocasión de alterarse no era la misma á los capitanes y al pueblo. Los hijos de D. Fruela se quejaban de haber sido despreciados por el rey, pues no los llamó á las córtes en que D. Alonso renunció el reino. Los asturianos se alteraron por afición que tenían á D. Alonso, y llevar mal que tratase de dejar el gobierno.

Eran muchos los levantados, y más por miedo del castigo que por voluntad ó esperanza de salir con la victoria, tomaron por cabezas á los hijos de D. Fruela; pero conocido el peligro que corrían, acordaron de enviar embajadores



á D. Ramiro para avisalle que estaban aparejados á hacer lo que les fuese mandado, recibirle en las ciudades y pueblos, serville con todas sus fuerzas con tal que se determinase de venir sin ejército, de paz y sin hacer mal á nadie; que esto tomarían por señal, que su ánimo estaba aplacado. Él, sospechando algun engaño, ó teniendo por cosa indigna que sus vasallos para obedecelle le pusiesen condiciones, entró con grueso ejército y domó á sus enemigos. Perdonó á la muchedumbre, tomó castigo de los más culpados. Á los hijos de D. Fruela, luego que los tuvo en su poder, los privó de la vista. El mismo castigo se dió á D. Alonso, hermano del rey. No lejos de la ciudad de Leon estaba un monasterio con nombre de San Julian, edificado á costa deste rey D. Ramiro; en él fueron guardados por toda la vida, y después de muertos sepultados, así todos estos como doña Urraca, mujer de D. Alonso. Con esto aquellas grandes alteraciones que tenían suspensos los ánimos de los naturales, tuvieron más fácil salida que se pensaba.

Concluidas estas revueltas, el rey, como ántes lo pretendió, volvió las armas contra los moros. Entró por el reino de Toledo, tomó por fuerza en aquella comarca, saqueó y quemó á Madrid, pueblo principal, derribóle los muros. En el entre tanto los moros, encendidos en deseo de vengarse, juntas sus gentes, entraron por tierra de cristianos. Lo primero se metieron por los campos de Castilla. El conde, como quier que por la guerra pasada de Navarra se hallase flaco de fuerzas, movido por el peligro que las cosas corrían, envió embajadores al rey D. Ramiro para rogarle no permitiese que el nombre cristiano recibiese afrenta, ni que los bárbaros se fuesen sin castigo; que él forzado tomó las armas contra el rey su suegro, y que el suceso de las guerras no está en manos de los hombres; si algun agravio ó enojo recibió por lo hecho, que era justo perdonarle por respeto de la patria; que le aseguraba no pondría en olvido el beneficio y cortesía que le hiciese en este trance. El peligro comun ablandó el ánimo del rey. Acudió luego con sus gentes deseoso de ayudar al conde. Juntáronse las huestes y los campos. Dióse la batalla cerca de la

ciudad de Osma, en que gran número de los bárbaros fueron muertos, los demás puestos en huida. Los soldados cristianos, cargados de oro y de preséas, volvieron á sus casas. Algunos sospechan que desde este tiempo volvieron los condes de Castilla á estar á devoción y ser feudatarios y vasallos de los reyes de Leon, porque les parece que un rey tan amigo de honra como D. Ramiro no juntára de otra manera sus fuerzas, ni perdonára las injurias y desacatos que le habían hecho, sin que primero se le allanasen.

Siguióse una nueva guerra contra los moros. El rey D. Ramiro, encendido en deseo de oprimirlos con sus gentes, movió la vuelta de Zaragoza. Tenía el principado de aquella ciudad Abenaya, señor de pocas fuerzas, feudatario de Abderrahman, rey de Córdoba. Acompañó á D. Ramiro en esta jornada el conde Fernan Gonzalez. El moro, pareciéndole que no podría resistir á dos enemigos tan fuertes, tomó por partido sujetarse al rey D. Ramiro y pagalle pías. Con este concierto se hicieron paces y cesó la guerra. No guardan los moros la fe más de cuanto les es forzoso. Así partidos los nuestros, y tambien por miedo de Abderrahman que tenía aviso, se aprestaba contra él, mudado partido y tomado nuevo asiento, de consuno acometieron los dos las tierras de los cristianos. Llegaron á Simáncas: llevaban los moros mal que los cristianos les pusiesen leyes y forzasen á pagar pías los á quien tenían ántes por sus tributarios. Acudió luego el rey, y salió al encuentro á los enemigos. Dióse la batalla, que fué muy brava y de las más señaladas y reñidas de aquel tiempo; murieron treinta mil moros, otros dicen setenta mil. Los despojos fueron muchos y ricos, grande el número de los cautivos. El mismo Abenaya tambien fué preso; Abderrahman, con veinte de á caballo, escapó por los piés.

El conde Fernan Gonzalez por no haberse hallado en la batalla (el por qué no se sabe), pero habiéndose encontrado con los que huían, hizo en ellos no menor matanza. Da muestra desto un privilegio del monasterio de San Millán de la Cogulla, puesto en los montes de Oca (que se llamó antiguamente de San Félix),



que concedió el conde por memoria del beneficio recibido, y desta victoria que ganó de los moros. En aquel privilegio se manda que muchas villas y pueblos de Castilla contribuyan por casas cada uno para los gastos y servicios de aquel monasterio, bueyes, carneros, trigo, vino, lienzo, conforme á lo que en cada tierra se daba, por voto que el conde hizo cuando iba á esta guerra: de donde tambien se entiende, que de aquella parte de Vizcaya que se llama Álava, fueron gentes de socorro al rey, y que todos estuvieron persuadidos, que dos ángeles, en dos caballos blancos pelearon en la vanguardia, y que por su ayuda se ganó la victoria: cosa que no suele acontecer, ni aun inventarse sino en victorias muy señaladas cual fué ésta. El alcaquí mayor de los moros, que es como obispo entre ellos, vino en poder del conde. Con ésto, la provincia y la gente pareció alentarse del grande espanto causado del aparato que los contrarios hicieron para aquella guerra, además de muchas señales que en el cielo se vieron, y muchos prodigios; porque en el mismo año que fué la pelea, es á saber, el de novecientos treinta y cuatro (otros á este número añaden cuatro años), siendo reyes, D. Ramiro en Leon y D. Garci Sanchez en Pamplona, hobo un eclipse del sol á los diez y nueve de Julio (más quisiera á los diez y ocho, porque dicen fué viérnes), por espacio de una hora entera, á las dos de la tarde, tan grande y cerrado, que se mudó el día en muy espesas tinieblas. Segunda vez, á quince de Octubre, que fué miércoles, la luz del sol se volvió amarilla; en el cielo apareció una abertura, cometas de extraordinaria forma que caian á la parte del Mediodía; las tierras fueron abrasadas por oculta fuerza de las estrellas, sin otras cosas que daban á entender la ira de Dios y su saña. Todo esto se contiene en el privilegio del conde Fernan Gonzalez: otros dicen que en el mismo día de la batalla se eclipsó el sol á seis de Agosto, día de los santos Justo y Pastor, que fué lúnes. Estas señales tenían á todos muy congojados: pero ganada la victoria, se trocó el temor en alegría, y se entendió que no amenazaban á los fieles sino á sus enéimigos. Falleció por este tiempo

Miron, conde de Barcelona, dejó tres hijos menores de edad, éstos fueron Seniofredo, que le sucedió en el estado; Oliva, por sobrenombre Cabreta, al cual mandó el señorío de Besalú y de Cerdania; y Miron, que en los años adelante fué obispo y conde de Girona.

El gobierno, por la tierna edad del nuevo príncipe, estuvo mucho tiempo en poder de Seniofredo su tio, conde de Urgel, que fué escalon para que sus descendientes poco adelante se apoderasen de todo. Á la sazón que gobernaba este Seniofredo aquel estado, se tuvo un concilio de obispos en un pueblo llamado Fuentecubierta, tierra de Narbona. En este concilio se determinó un pleito que andaba entre los obispos Antigiso de Urgel y Adulfo Pallariense sobre los términos y mojones de los obispados, ó por mejor decir, sobre toda la diócesis del Pallariense, que el de Urgel pretendia ser toda suya. Así fué determinado por los obispos, que en pasando desta vida Adulfo, la ciudad de Pallás quedase sujeta al obispo de Urgel, porque se probaba por instrumentos muy ciertos que antiguamente lo fué. Presidió en el concilio Arnusto, prelado narbonense, por estar á la sazón Tarragona en poder de moros, á cuyo obispo pertenecia consultar los pleitos entre los obispos comarcanos y sufragáneos suyos.

Por muerte de Seniofredo, conde de Barcelona, que falleció adelante sin dejar hijos, bien que estuvo casado con doña Maria, hija del rey D. Sancho Abarca, Borello, conde de Urgel é hijo del otro Seniofredo, se apoderó del señorío de Barcelona. La fuerza prevaleció contra la razon; que de otra suerte, ¿qué derecho podia tener ni alegar para excluir á Oliva, hermano del difunto? Tuvo Borello un hermano, llamado Armengaudó ó Armengol, de grande santidad de vida, y por esto puesto en el número de los santos y en los calendarios: pero esto fué algun tiempo adelante. El rey D. Ramiro, llegado á mayor edad y vuelto su pensamiento á las artes de la paz y al culto de la religion, de los despojos de los moros edificó en Leon un monasterio de monjas con advocacion de San Salvador, do hizo que doña Elvira, su hija única, tomase el hábito y el velo como se acos-



tombra; otro monasterio hizo con nombre de San Andres; el tercero, de San Cristóbal, á la ribera del rio Cea, cerca de Duero; el cuarto, con nombre de Santa Maria Virgen; en conclusion, en el valle Ornense levantó otro monasterio con advocacion del arcángel San Miguel.

Estaba el rey ocupado en estas cosas, cuando nuevas y domésticas alteraciones le hicieron volver á las armas. Fernan Gonzalez y Diego Nuñez, hombres principales, con deseo de novedades, ó por alguna causa agraviados del rey, se rebelaron contra él. No tenían bastantes fuerzas: llamaron á los moros y á su capitán Accipha. Destruyeron el territorio de Salamanca, que baña el rio Tórmes. En otra parte, por las armas de D. Rodrigo, que entiendo era uno de los conjurados ó aliado con ellos, las tierras de Amaya y parte de las Astúrias eran maltratadas. No era fácil determinarse á qué parte primeramente se hubiese de acudir. En igual peligro pareció que debian hacer guerra á los moros, por ser enéimigos públicos; así se hizo, y los echaron de toda la tierra con gran estrago que en ellos se hizo. Demás desto los autores y movedores del alboroto vinieron en poder del rey; pero no mucho despues fueron sin otro castigo sueltos de la prision en que los tenían en Leon encerrados: solamente les hicieron jurar de nuevo la obediencia al rey y prestalle sus homenajes; muestra que el delito no fué tan grave, ó que el rey usó de la victoria con mucha templanza. Concluida esta guerra, entiendo que de suyo se sosegaron las alteraciones de las Astúrias, en especial que la clemencia del rey les convidó á que se redujesen. El conde de Castilla, Fernan Gonzalez, tenia en doña Urraca, su mujer, una hija del mismo nombre. Importaba mucho para el buen suceso de las cosas, que entre las dos provincias y señoríos de Castilla y de Leon ho-

biese confederacion y avenencia, lo cual don Ramiro no ignoraba. Con deseo, pues, que la paz se asegurase, trató con el conde é hizo que su hijo D. Ordoño, que le debia suceder en el reino, casase con la dicha doña Urraca.

Concluido todo esto, el rey, como enéimigo que era de la ociosidad, á lo postrero de su edad hizo una nueva entrada en tierra de moros, metióse por el reino de Toledo y llegó hasta Talavera. Venció en batalla á los que venian á socorrer á los suyos, en que murieron doce mil moros, los presos llegaron á siete mil; con esta victoria hizo que su autoridad y reputacion se mantuviese, que junto con la edad se suele envejecer y menguar. Vuelto á sus tierras, envió á sus casas el ejército cargado de despojos de moros, y él se fué en romería á Oviedo á honrar los cuerpos de los muchos santos que allí estaban, y dar á Dios gracias por tantas mercedes. En aquella ciudad, por ser la tierra mal sana, adoleció de una enfermedad mortal. Sin embargo, dió vuelta á Leon, y ordenadas las cosas de su casa, renunció el reino y le dió de su mano á su hijo. Hecho esto, tomados los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristia de manos de los obispos y abades que á su muerte se hallaron, falleció en el año de nuestra salvacion de novecientos cincuenta, á cinco dias del mes de Enero. Sepultáronle en el monasterio de San Salvador, edificio y fundacion suya. Fué este año muy señalado por muchos pueblos que en él ó se edificaron de nuevo, ó se repararon, conviene á saber, Osma, Roa, Riaza, Clunia en los Arevacos, que hoy es Coruña. Á Sepúlveda tambien en un sitio fuerte edificó por este tiempo el conde Fernan Gonzalez, por cuyo esfuerzo, en particular el partido de los fieles en aquel tiempo, se conservaba y aun mejoraba.